

CRECIENDO CON PIES DE BARRO

Germà Bel

(Publicado en *La Vanguardia*, 24 de marzo de 2015)

Este es un año prolijo en elecciones. Tras las andaluzas se acercan las municipales y regionales de 24 de mayo y las legislativas de final de año. Y entre ambas las anunciadas catalanas de 27 de septiembre. También será un año en que aumentará la tasa de crecimiento del PIB español, situándose algo por encima del 2%. Claro que ambos campos, político y económico, no están desconectados. Al cabo, seguimos teniendo una política fiscal expansiva en 2015, con un déficit público previsto del 4,5% del PIB, que quizás se acerque finalmente al 5%, dada la habitual laxitud del gasto público en años muy electorales. La deuda pública superará el 100% del PIB (bueno, ya lo habría superado en 2014 de no haberse incorporado al PIB el ‘producto’ creado por la prostitución y la droga). Y, lo que es muy preocupante: la deuda privada se había venido reduciendo desde 2012, pero esta tendencia positiva parece haberse estancado en el último trimestre de 2014.

Con un poco de suerte la depreciación del euro respecto al dólar, sobre todo si se mantiene la debilidad reciente del precio del petróleo, dará combustible a la economía en 2015. Esperemos que no acontezcan eventos geoestratégicos inesperados, que no termine abruptamente la debilidad del precio del petróleo, y que la Reserva Federal de EEUU no acelere la subida de tipos de interés. Pero lo que no podemos esperar en un año electoral, porque sería demasiado ingenuo, es que el gobierno haga las reformas estructurales orientadas al aumento de la productividad y al dinamismo del sistema productivo, sobre todo porque no las ha hecho en los años previos al ciclo electoral.

Contra lo que sostiene la retórica del gobierno, algunos organismos internacionales nos ofrecen análisis comparativos en perspectiva global sobre los obstáculos a la productividad y al dinamismo económico. Quizás el más conocido y reputado es el Informe de competitividad global que publica anualmente el *World Economic Forum*. El último, relativo al bienio 2014-2015, es desolador respecto a los obstáculos a la innovación y a la actividad económica en España. De un total de 144 países analizados, la posición de España es muy mala en asuntos cruciales como los siguientes: Burocracia para poner en marcha un negocio, (118 de 144), tiempo para poner en marcha un negocio (99), efecto de los impuestos sobre incentivos a la innovación (130), carga de las regulaciones gubernamentales (123). Y la cosa no mejora si atendemos a los aspectos institucionales que deben dar credibilidad y previsibilidad a la actividad económica (entre otras cosas también importantes): Independencia judicial (97), transparencia (105), corrupción (90), confianza pública en los políticos (117). En todos estos casos, cerca de la cola de los 144 países analizados.

Los últimos gobiernos han pasado de puntillas por todos estos aspectos, que claman por reformas profundas; eso, cuando no los han empeorado. Por eso el crecimiento de 2015 se asienta sobre bases poco sólidas, y es de temer que –pasada la nueva burbuja de la liquidez proporcionada por el Banco Central Europeo- la realidad nos vuelva a mirar a los ojos.